

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Entre la 'generación crítica' y el revisionismo: Alberto Methol Ferré y 'La crisis de Uruguay y el Imperio Británico'.

Espeche Gilardoni, Ximena (UBA / CONICET / FLACSO).

Cita:

Espeche Gilardoni, Ximena (UBA / CONICET / FLACSO). (2007). *Entre la 'generación crítica' y el revisionismo: Alberto Methol Ferré y 'La crisis de Uruguay y el Imperio Británico'*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/336>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Ximena Espeche
UBA/CONICET/FLACSO

1. Introducción

El historiador uruguayo Alberto Methol Ferré publicó en 1959 –con una reedición en 1960–, en la editorial Peña y Lillo de Buenos Aires, el libro *La crisis de Uruguay y el imperio británico*. Ese libro fue antes artículo y folleto, editados por primera vez en Montevideo durante 1958. Su publicación en Buenos Aires, por una editorial ligada al “revisionismo histórico”, nos permite reflexionar sobre cómo este historiador intentó explicar un movimiento político al que veía como fuente de un cambio en las estructuras económicas, culturales, sociales y políticas de Uruguay: el ruralismo. Y cómo, en esa fuente de cambios, le encontró similitudes con lo que había sucedido con el peronismo en Argentina.

En este trabajo se analizará cómo Alberto Methol Ferré se vinculó con el revisionismo argentino –en su vertiente “izquierda nacional”– desde un específico revisionismo uruguayo, que tenía su propia genealogía. Las relaciones establecidas por Methol Ferré entre uno y otro hacían hincapié en las consideraciones sobre la unidad latinoamericana, entendida en tanto que la continuación necesaria de una propuesta confederativa liderada por José Artigas, a principios de siglo XIX, de la que el ruralismo parecía ser su ideal continuador, y de la que el peronismo era un antecedente para tener en cuenta. Asimismo, *La crisis...* funcionó en tanto que una explicación del ruralismo para la “intelectualidad urbana” de Montevideo; al mismo tiempo, fue parte de una “ilustración” para lectores porteños de las ligazones insustituibles entre Uruguay, Argentina y Brasil que posibilitarían la unidad latinoamericana. En este sentido, este escrito de Methol Ferré puede ser comprendido en el marco más amplio: el de una actividad difusora, de creación de redes intelectuales y políticas entre intelectuales de las dos orillas del Plata, bajo la égida de esa unidad continental.

2. Uruguay: excepcional y problemático

De Suiza de América a de América “a secas”

Durante buena parte del siglo XX, Uruguay –país de América Latina– era generalmente considerado por sus habitantes o por extranjeros como *excepcional* si se lo comparaba con otros de la región: institucionalmente estable, económicamente confiable, socialmente

¹Este trabajo es parte de una investigación doctoral en curso sobre “La configuración de un imaginario intelectual y nacional en Uruguay: estrategia letrada y viabilidad nacional (1958-1973)”

calmo. En otras palabras, el Uruguay quedó identificado como la “Suiza de América”. Esa condición retratada como “atípica” se comprende si se la vincula con la forma en que el Uruguay ingresó a la Modernidad, a partir de los cambios verificados en la estructura socio-económica y política del país a principios de siglo XX. En general se afirma que el hito fundamental de ese giro hacia la Modernidad lo definió el gobierno del presidente del partido colorado Jorge Battle y Ordóñez [1903-1907; 1911-1915], que llevó a cabo una serie de reformas que impulsaron el establecimiento de una democracia política y social: desde la participación del estado en la industria y en el sector de servicios públicos hasta la defensa del derecho a huelga o el impulso a la jornada de 8 horas; desde la extensión de la educación o la creación de un sistema de jubilaciones y pensiones hasta la ley de divorcio y la abolición de la pena capital².

A la vez, como resultado de ese conjunto de transformaciones concretas y también como objetivo explícito del gobierno batllista, se definió un concepto (o varios) sobre el *origen* y el *pasado* nacionales. Esquemáticamente podría afirmarse que lo que primó fue la explicitación de un proyecto que oponía una forma de “tradicición” contra una de “modernización”. En este sentido, quienes han investigado el Uruguay suelen estructurar su historia política sobre la base de las características de su estructura partidaria bipartidista y, por lo tanto, como una historia de las luchas entre los partidos blanco y colorado.³ También se podría delinear esquemáticamente que, con diferencias que hacen de uno el baluarte del interior y de los terratenientes, (el partido blanco o nacionalista), y del otro una avanzada de la ciudad y de “los doctores” (el partido colorado), ambos se disputaron la legitimidad identitaria de lo que debía considerarse auténticamente uruguayo. En general, pareciera que la fracción mayoritaria del partido colorado, encabezada a principios de siglo por José Batlle y Ordóñez, representaba la avanzada de la modernización contra la fracción mayoritaria del partido blanco, liderada por Luis Alberto de Herrera, a la que se suponía como valuarte de la “tradicición”. En cada caso, la lucha por la interpretación de la historia uruguaya y de lo que en ella habían tenido que ver esas divisas primigenias convertidas en algún momento en partidos fue condicionante de los relatos que cada uno armó sobre sí y sobre su contrincante, y –especialmente- sobre el resto de las fuerzas políticas. En cualquier caso, cada partido armó y desarmó no tan a conveniencia la convivencia de sus fracciones, los andamiajes de alianzas inter e intrapartidarias, las desavenencias constantes y las luchas por los consensos.

² Cabe aclarar, tal como lo hacen Finch (1974) y Caetano (1991), que los logros del sistema batllista existieron en lo material pero también se constituyeron como datos en la elaboración de un determinado imaginario. Ni la acción de Batlle o el batllismo puede ser entendida sin el funcionamiento de un cuadro más amplio (en el que sintetizó herencias y proyectos), o sin comprender cuánto ese “estado benefactor” se encontraba sitiado por las estructuras tradicionales, como por ejemplo las que se refieren a la propiedad de la tierra.

³ B. Nahum et alii, 1998; M.H.J Finch, 1974; Rama, 1987; Caetano, 1991; Caetano y Rilla, 1994; entre otros

En esa disputa, la hegemonía la obtuvo el partido colorado, del que el batllismo fue una fracción, en su momento, hegemónica.⁴ Ese imaginario nacional, identificado con los logros del batllismo, fue fortalecido y aprovechado durante los gobiernos de Luis Batlle Berres, “heredero de un apellido de raigambre en la vida política nacional”, quien asumió como presidente en 1947 –hasta 1950- luego de la muerte de Tomás Berreta, y como presidente del colegiado en el período 1955 y 1958.⁵ También del partido colorado, las presidencias de Batlle Berres estuvieron signadas por un “neo-batllismo”: “el elogio y la exaltación de la excepcionalidad uruguaya” y las acciones concernientes a que esta subsistiera ante los diversos embates.⁶ De esta forma, el neo-batllismo configuró la exaltación de su antepasado, y profundizó la concepción de que el “verdadero” Uruguay había sido posible sólo gracias a los logros obtenidos a principios de siglo XX, con lo que se volvía necesario –imprescindible, diríamos- seguir una específica línea política: la batllista.⁷

Sin embargo, ya a mediados de la década de 1940 ese imaginario nacional, para muchos dejó de ser creíble y perdió su valor simbólico, porque se empezaban a notar desajustes en lo que el batllismo había prometido: aquellos logros concretos que lo habían creado (y fundamentado) no parecían ser suficientes para garantizar la *viabilidad* de ese estado-nación. La *viabilidad*, como la dimensión del futuro en el campo del desarrollo histórico, social, político, cultural y económico, no podía darse en los mismos términos que el Uruguay batllista (y neo-batllista) había sostenido. Había más de una rajadura en el muro de esa construcción, y el diagnóstico que muchos intelectuales hicieron fue el de que ni la crisis económica (visible en 1955 ante la caída de los precios de los productos para exportación), ni los contorneos de una crisis política (desde el golpe de Terra en 1933, hasta las numerosas fracturas de los dos partidos tradicionales, que no lograban articular consensos duraderos) podían resolverse con la apelación a las viejas estructuras del viejo muro batllista.⁸

Críticos. Hiper-críticos

⁴ El batllismo configuró un andamiaje capaz de incorporar a los recién llegados, teniendo en cuenta a la mayoría inmigratoria que podía armar la “ciudadanía”; de esta manera, si había un origen y un pasado éste debía adecuarse a una matriz cosmopolita: esa y no otra era la que se afirmaba como la *tradición* de lo *verdaderamente* uruguayo (Caetano, G. y Garcé, A., 2004).

⁵ El colegiado se estableció en 1919, luego de una reforma constitucional propiciada por el batllismo en 1916. El poder ejecutivo fue así “bicéfalo” y se componía entonces de un presidente, que se encargaría de las “funciones primarias” del estado, y un Consejo Nacional de Administración, que tendría a su cargo, entre otras, a la política económica, financiera, etc. Aunque adquiriría su real significación de “coparticipación” en 1952 (Caetano y Rilla, 1994).

⁶ Como lo definen Nahum, Croché, Frega y Trochón, 1998: 77.

⁷ Agradezco a Mariana Iglesias esta aclaración.

⁸ Gabriel Terra (1873-1942): Presidente uruguayo en 1930; en 1933 llevó a cabo con el apoyo de diversos sectores (de su partido, el Colorado, del Partido Blanco - Herrerista, y de sectores empresariales y políticos) el golpe de estado que quebraría por primera vez en el siglo XX la institucionalidad democrática en Uruguay.

Cuando se publicó la novela *El pozo* del en ese entonces “ignoto” Juan Carlos Onetti, hacía poco que la Segunda Guerra Mundial estaba en marcha.⁹ Diferentes críticos acuerdan en que en esa novela se avizoraba una forma en la que enjuiciar la debalce del Uruguay batllista.¹⁰ Entre ellos, Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, dos de los intelectuales más reconocidos de Uruguay, escribieron trabajos que “señalarían” las caracterizaciones de una generación particular, a la que además pertenecían, y en la que ambos constataban un diagnóstico compartido. Es decir, cómo esa “generación” había sido capaz no sólo de ver sino de explicitar y poner entre las cuerdas el muro batllista y sus rajaduras, las incoherencias entre *Suiza* y *América*. Para ambos intelectuales, su generación “estaba preparada para el análisis”, y paradójicamente, esa preparación había sido posible por la misma estructura batllista que había propiciado la formación de una clase media urbana con acceso a la educación, y especialmente ávida de mayor injerencia en las corrientes de pensamiento que atravesaban las calles de la ciudad. El primero, llamó a su generación *crítica*, y el segundo *del 45*.¹¹

Más allá de que sería necesario cuestionar ciertos criterios por los cuales agrupar a diversos intelectuales dentro de esta categorización generacional (y que por razones de espacio no haremos aquí), sí nos interesa formular en qué manera se determinó una suerte de “sentido común” por el cual esa generación había venido a notificar el “gris” paisaje uruguayo, su no “excepcionalidad”, la falta de reconocimiento de su inscripción en América Latina.

Alberto Methol Ferré sería designado como miembro de esa “generación”, así lo determinaban tanto Ángel Rama en 1971 como, unos años antes, otro de sus miembros: Carlos Real de Azúa. Incluso Rubén Cotelo, miembro de una generación que parecía abrirse al mundo a fines de 1968, incluía a Methol Ferré en esos derroteros grupales.

Methol Ferré lejos de sentirse acogido bajo la impronta de los “críticos” – dirá más tarde- se posicionaba bien lejos: para este autor, la *crítica* de la *generación crítica* era apenas una

⁹ Rocca, 2006.

¹⁰ Cotelo, 1968; Rama, 1971; Rocca, 2006; Rodríguez Monegal, 1968, entre muchos otros. Más allá de estos comunes lazos, vale la pena destacar que las discontinuidades serían buen punto de anclaje para pensar la configuración “generacional”. En este caso, pensamos –al igual que Omar Acha (2007)- que una “generación” analíticamente puede estudiarse teniendo en cuenta cómo responde a los problemas que le demarca una “crisis” en un período determinado. (Cabría aquí reflexionar en qué medida una “generación” –no homogénea ni totalmente de acuerdo- determina cuál es la “verdadera” crisis a la que debería dar respuestas.

¹¹ El estudio de Rama se publicó en 1971 (si bien había realizado algunos avances en el semanario *Marcha*). Rodríguez Monegal hizo lo propio en 1968. Rodríguez Monegal y Rama abjuraban cada uno del trabajo y perspectivas del otro. Rodríguez Monegal criticaba de esta manera el trabajo de Rama: “Es la guía de teléfonos del Uruguay. Es un libro brillante para leer, pero usted se encuentra con 780 escritores en Uruguay, y nadie se va a tomar en serio un libro crítico que hable de 780 escritores en dos o tres frases” (Entrevista “Emir sobre Rama y otros”, por Roger Mirza. En: *El País Cultural*. Año 5, n° 207, 22/10/1993, p. 19. y en: http://www.archivodeprensa.edu.uy/r_monegal/entrevistas/entrev_12.htm). Rama, en la “Generación crítica” se distanciaba de Monegal y de la denominación que éste último había elegido para consignar una “misma” generación porque creía que esa denominación no permitiría comparaciones con la otra orilla. Entre estas desavenencias, los puntos de contacto a veces complejizan los proyectos y devuelven sutilezas a las distancias enunciativas (Rocca, 2003 y 2006).

crítica “literaria”; además, era “batllista” puesto que seguía sin observar las condiciones en las que Uruguay se había formado como Estado-nación. De hecho, afirmar que los “críticos” de esa generación recién lo fueron a partir de la derrota del partido Colorado en las elecciones de 1958. De la generación crítica dirá mucho después: “se incorpora a la crítica en 1960, antes nada”¹². De esta manera, el autor de *La crisis* ubicó a la “verdadera crítica” en el área de influencia de la política, y en contra de un tipo particular de política: la colorada batllista; y la dató en una genealogía en la que el factor determinante sería el “revisiónismo uruguayo”, cuya impronta crítica era para él muy anterior.

3. Revisionismos: matices y problemas

Podría pensarse de qué forma en Uruguay el estudio sobre el “revisiónismo” comportó avanzar sobre el análisis de ciertos núcleos que hicieron de este tanto una “tendencia historiográfica” como así también una “interpretación histórica” vinculada a la legitimidad de sus dos partidos principales. Así, el “revisiónismo” no podría ser apartado de las reflexiones sobre el origen del Estado-nación, las significaciones que tuvieron las relaciones con Argentina, la forma en que los partidos políticos concibieron su desarrollo histórico, y de acuerdo a éste, las propias legitimidades en su accionar político; y, finalmente, los análisis del proceso de modernización en Uruguay y lo que ello supuso también para la legitimidad de proyectos y procesos políticos concretos.¹³

Carlos Real de Azúa (1969) puntualizaba la dificultad de considerar el revisionismo uruguayo solamente como “revulsivo ideológico” –tal como decía que pasaba con el “revisiónismo argentino”–, puesto que los “primeros historiadores”, Eduardo Acevedo y Francisco Bauzá, habrían hecho una lectura ya revisionista del caudillismo, en la cual Artigas dejaba de ser el “gaucho malo”. Asimismo, consideraría que el revisionismo

¹² Entrevista a Alberto Methol Ferré, 2007 (inérita).

¹³ En Argentina, el revisionismo ha tenido otros analistas e igualmente otras suertes; lejos de adquirir la impronta de “rioplatense”, sus posibles “hallazgos”, su matriculación con partidos políticos desde sus inicios, los puntos de apoyo estarían en otro lado. Para Halperín Donghi; por ejemplo, el revisionismo funcionó más que nada como un resguardo para formas envejecidas y finalmente conservadoras del quehacer histórico, y particularmente dotadas de amplificación política (desde la república conservadora hasta el peronismo post-55). Efectuó una ligazón entre la perspectiva “decadentista” de la historia (de fines de siglo XIX) y la forma en que el revisionismo argentino la interpretó, por un lado y, por el otro, cómo terminó por convertirse casi en un género literario, más avenido a la creación de mitos políticos que a la consulta y trabajo serio con documentos, que todavía en 1984 seguía bifurcándose en laberintos de “interpretación nacional”. Alejandro Cattaruzza evaluó la eficacia en la que podría zanjarse la cuestión del revisionismo en la adquisición de un único criterio para definirlo. En cambio, propuso acercarse a la vinculación entre diversos campos: el cultural y el político. El revisionismo así se convertiría mejor en “los revisionistas”: “un grupo de intelectuales que procuró intervenir en la amplia zona de encuentro entre el mundo cultural, incluyendo en él a las instituciones historiográficas, y la política” y cuya tarea era la de develar la historia “más adecuada a los intereses nacionales” oculta tras el manto de la historia oficial. Un posible comienzo es datado entre el uriburismo y el tratado Roca-Runciman, el asomo de popularidad a partir de 1955 una vez que el peronismo lo tomara en sus brazos como interpretación de la historia que afirmara su legitimidad para el retorno al gobierno, hasta su decadencia a principios de los años 70.

uruguayo tenía una “timidez” notoria respecto del revisionismo argentino, puesto que este último evidenciaba una mayor “intensidad” en sus tesis y en sus diatribas.¹⁴

Carlos Zubillaga (2002), al retomar los análisis de Real de Azúa, explicitó que en Uruguay el revisionismo uruguayo debería ser entendido como una tendencia historiográfica. Ella vinculaba: “la labor intelectual” con “el compromiso ciudadano del historiador”, y por ende, el compromiso por influir en la “conciencia histórica de la sociedad”. Al mismo tiempo, Zubillaga –al igual que Real de Azúa- diferenciaba características positivas y negativas del revisionismo. Entre las primeras, tanto Zubillaga como Real de Azúa afirmaron la cualidad de desenmascarar ciertas reducciones que se habían hecho de la historia (legitimadas en muchos casos en tanto que historia de partidos). Entre las últimas, el desencuentro entre el análisis histórico y sus métodos y la formulación de afirmaciones fundamentalistas de diverso tenor. De esta manera, tenía como primera forma escrituraria el ensayo, como método de trabajo una pobre consulta y análisis documental y, finalmente, en su articulación lógica una “tendencia al reduccionismo causal”.

Como tendencia historiográfica, el revisionismo en Uruguay habría marcado para ambos autores un logro al revertir la afirmación que hacía de la *Guerra Grande* una mina de oro en la legitimidad del partido Colorado.¹⁵ Ésta ya no podría ser analizada en los términos de “civilización – barbarie”, que hacía de los colorados adalides de la primera y a los blancos los ubicaba como representantes de la segunda. Real de Azúa verificaba la existencia de un “revisionismo rioplatense”, que dependería en ambos casos de una previsión sobre las relaciones estrechas entre ambos países, especialmente a partir de su historia común y, muy especialmente, a partir de una interpretación específica de la escisión de la Banda Oriental respecto de las Provincias Unidas; es decir, cierto acercamiento a la noción que se haría de Uruguay en tanto que “Estado-tapón”, y que habría permitido no la pacificación de la región, sino –por el contrario- la imposibilidad de su desarrollo.

¹⁴ Francisco Bauzá (Uruguay, 1849-1899) y Eduardo Acevedo Díaz (Uruguay, 1851- Argentina, 1923) fueron políticos y escritores de importancia en Uruguay, y que definieron esta línea historiográfica en la que Artigas no podía ser asociado a un “caudillo genérico”. En este sentido, las primeras “revisiones” lo habrían desencadenado de la figura del “gaucho malo” para atarlo a una mejor y fértil comparación que –reutilizada a posteriori- permitió hacer del caudillo el hacedor de algún tipo de armonía, específicamente la que homogeneizara bajo su cielo la difícil convivencia de las dos divisas convertidas en partidos políticos: el Colorado y el Blanco. (Zubillaga, 2002: 58).

Quedaría para otro estudio mencionar cómo las diferenciaciones entre revisionismo argentino y uruguayo también están enmarcadas por la conformación de una mirada sobre el “otro”: es cuestionable la “timidez” del revisionismo uruguayo frente a la “intensidad” del argentino.

¹⁵En Uruguay se llama *Guerra Grande* (1839-1851) a la que comenzó con el enfrentamiento entre los “Colorados” de Fructuoso Rivera y los “Blancos” de Manuel Oribe, que dividió durante muchos años a la Banda Oriental entre una campaña “blanca” que sitiaba una ciudad “colorada”. Esta *Guerra Grande* se interrelacionó con los conflictos de la Confederación que dirigía Juan Manuel de Rosas.

Imbricados en lo “rioplatense”, puede reflexionarse ahora, Argentina y Uruguay compartían para Real de Azúa una visita a un mismo período en el que los actores todavía no podían considerarse como partícipes de Estados-nación diferentes. Esa impronta melliza -Real de Azúa no lo explicita pero lo delinea- haría entonces de catalizador sintetizado en el término “rioplatense”. Así, lo que podía definirse era un “revisionismo rioplatense”, y además, la posibilidad de explicitar uno de tinte “latinoamericano”. En este sentido, lo “latinoamericano” del revisionismo se definía de acuerdo a un núcleo común, y que permitía diferenciar en cada uno posicionamientos ideológicos.

De esta manera, y de acuerdo a su intensidad o timidez, la crítica a la *modernización* en América Latina era el objeto y objetivo de cualquiera de ellos. De este modo, según cómo esta crítica se llevara denotaría un “revisionismo de derecha”, si sólo se hacía enroque entre las versiones oficiales de la historia, o por el contrario, se afirmaría “revisionismo de izquierda”, donde Real de Azúa ubicaba a los más interesantes promotores de ese punto de vista crítico sobre la historia oficial (cuya “nota” la había dado el historiador Pivel Devoto). Dentro del análisis revisionista de izquierda, la reflexión sobre los procesos económico-sociales, y entre ellos la importancia que el desarrollo del imperialismo anglosajón había tenido –y tenía- en América Latina y especialmente en el Río de la Plata, era fundamental (mencionaba entonces los trabajos de Vivian Trías y Carlos Machado en Uruguay). Entre esos delineamientos, los revisionistas “rescatables” (y que por ello –suponemos- aparecían en su estudio) eran todos –más allá de su nacionalidad- de “índole acentuadamente rioplatense y latinoamericana”. Esto le permitía hurgar en Brasil y encontrar revisionistas -Helio Jaguaribe y Nelson Wernecke Sodrè-; y referirse al revisionismo argentino en los términos que siguen: “Ernesto Palacio, para el de derecha; Jorge Abelardo Ramos, para el de izquierda y José María Rosa entre los extremos que ambos representan”.¹⁶

En cualquier caso, a Real de Azúa parecía interesarle determinar que el revisionismo era de características y énfasis heterogéneos al mismo tiempo que tenía imbricaciones ideológicas diferentes.

¹⁶ Real de Azúa, 1969: 584. Carlos Rama (1980) verificará entre los revisionismos lo *latinoamericano* pero desde otra impronta: su relación con el avance de los nacionalismos agresivos. De esta forma, leyó el revisionismo rioplatense como una avanzada argentina en Uruguay, al mismo tiempo que una avanzada conservadora en el Uruguay liberal. Rama definió la caracterización del “revisionismo uruguayo” a partir de una lógica eminentemente partidaria: si bien especificaba que tanto el partido blanco y el partido colorado pertenecían a la burguesía y su conflictividad no hacía más que develar una lucha intestina, el partido blanco debía ser caracterizado como el más conservador y reaccionario de los dos. De esta forma, si le interesaba aunar “revisionismo” con “nacionalismo”, y el partido blanco –bajo esta perspectiva- le sirvió de comodín. Así, lo “rioplatense” del revisionismo estaría dominado por los intentos argentinos de retomar una vieja unidad que los tenía como centro, la de la “Gran Argentina”. En tres momentos: el rosismo, el centenario y el peronismo, identificó esa avanzada de nacionalismo agresivo argentino, donde entonces se interpretaba la historia del surgimiento del Estado-nación Uruguay como una escisión de un todo mayor (vía el Foreign Office del Imperio Británico).

Tanto para Real de Azúa, Carlos Rama, Carlos Zubillaga y Laura Reali (2003), Luis Alberto de Herrera necesariamente debería ser incorporado a los “revisionistas” y específicamente como uno de sus precursores. El líder histórico del partido blanco habría realizado investigaciones tendientes a disputar al partido colorado las definiciones por el desarrollo histórico de Uruguay, y específicamente en su vínculo con Argentina, respecto de la *Guerra Grande* y de la *Guerra del Paraguay*:

La elaboración de una versión alternativa del pasado interesó al autor a comienzos del siglo XX, y en torno a ella mantuvo intercambios personales y epistolares con argentinos, brasileños, paraguayos y compatriotas, por espacio de varias décadas (...) Herrera valoró siempre negativamente la guerra de la Triple Alianza, aunque la moderación crítica que demostró en sus primeros escritos se tornó luego en discurso apologético sobre los vencidos, en condena radical de la alianza mitrista imperial, a cuya política “conspirativa” atribuía la responsabilidad del conflicto armado en Paraguay, y de su antecedente uruguayo (...).¹⁷

En este sentido, cabría formular que, si Zubillaga puso el *florecimiento* del revisionismo ante el avance ruralista a principios de la década del 50, y como contraposición también a una vertiente del quehacer histórico, sería importante vincular ese *florecimiento* no sólo con los análisis e interpretaciones que de la historia uruguaya hiciera de Herrera, sino también, con lo que era considerado como “vox populi” entre ciertos intelectuales: la caída del sistema batllista y la crisis estructural que éste había ocultado desde sus inicios.¹⁸ Dice Zubillaga, “Washington Reyes Abadie y Alberto Methol Ferré dieron cauce a reinterpretaciones del pasado uruguayo, cargadas de una agresividad inusual contra el partido Colorado y, en especial, el *batllismo*...”. En otras palabras, la “agresividad” estaría fundamentada en la disputa política por la interpretación de un pasado histórico concreto. Esta carga de agresividad tenía su explicación en otros términos coyunturales a los que el propio Zubillaga hace referencia: contra las tesis de un historiador, Juan E. Pivel Devoto, pero principalmente contra el acuerdo entre blancos y colorados por la constitución definitiva del Colegiado en 1951.

Desde los años 40, el historiador Pivel Devoto había logrado oficializar una versión de la historia que, luego del pacto entre blancos y colorados de 1951 ante la reforma constitucional y el asentamiento del Colegiado con la constitución de 1952, necesariamente debía oblar como fijadora de consensos políticos, en donde los conflictos de blancos y colorados terminaban por desanudarse bajo la figura de Artigas. Así, Pivel Devoto construyó un relato de la historia en el que todos, blancos y colorados, habían participado en el andamiaje nacional y los errores de unos y de otros tenían siempre una revisión que los volvía eso: errores del pasado y no del presente, de allí su consuelo patrio. De esta forma, dice Zubillaga, Pivel Devoto logró imponer una perspectiva histórica en la que la “coparticipación” quedaba legitimada en las propias tradiciones vinculantes entre los

¹⁷ Reali, 2003: 196 y 199 respectivamente.

¹⁸ Op. cit: pág. 59.

partidos políticos mayoritarios. Sobre esa “coparticipación” se levantaban los revisionistas que veían en el ruralismo una nueva forma de política, que parecía tenerlos en cuenta.

El revisionismo de Alberto Methol Ferré: el problema de la nación y de la izquierda.

Alberto Methol Ferré (1926) ha sido considerado tanto un “neo-nacionalista” como un “intelectual independiente”, un “revisionista”, así como un espécimen de la “izquierda nacional uruguaya”.¹⁹ En cualquier caso, lo que pareciera definirlo es un derrotero político sinuoso (del partido blanco herrerista al ruralismo, del ruralismo al Frente Amplio, de éste último, al partido blanco nuevamente), así como una práctica intelectual sobre casi un solo tema: la unión latinoamericana. Todo ello en el marco de una cercanía confesa a la Iglesia Católica que derivó en una participación en el Consejo Episcopal Latinoamericano, a partir de los años 70. Las vinculaciones entre estas tres aristas serán el eje de otro trabajo, pero estas aristas permiten explicitar en éste cómo su figura se recorta entre variables que lo ubican en determinado momento como partícipe de una “izquierda nacional rioplatense” al mismo tiempo que como fundamentalista de una avanzada “conservadora”. En cualquier caso, todos los autores han coincidido en la dinámica que lo habría “determinado”: la unidad latinoamericana.

Para Real de Azúa, Alberto Methol Ferré estaba dentro de la avanzada revisionista y, específicamente, dentro de aquellos “otros” que procedían de la “la actividad política o de la reflexión intelectual sobre la entidad uruguaya”, de “una preocupación global sobre el país”. Así, los “más breves aportes de Alberto Methol Ferré”, hacían eco del análisis revisionista de la historia Uruguaya. Porque –como dijimos- lo que afirmaba Real de Azúa sobre algunas de las “positivas” influencias revisionistas funcionaba casi como una reafirmación de lo que la *generación crítica o del 45* adhería para sí. Si el revisionismo había permitido dar cuenta de que la historia oficial podía también constituirse como avanzada ideológica, y por ello era importante explicitar ciertos fundamentos y naturalizaciones, Methol Ferré tenía el “común anhelo generacional de sacar al país del marasmo, el irrealismo, la puerilidad y la miseria de planteos que –sean o no la “extra-historia”- son bien tangibles, reinantes y opresivos”.²⁰ Pero, por sobre todo, el revisionismo permitía a quienes se identificaban con el partido blanco, oponer una tradición de análisis histórico “blanca” a otra “colorada” y, en una vuelta más, definir en la tradición “blanca” otra línea posible: la “verdadera”, la que se vinculaba tempranamente con las luchas antiimperialistas de América Latina, y específicamente afincadas en el ideario

¹⁹ Rama, 1980; Carvajal, 1993; ; Real de Azúa, 1969; Zubillaga, 2002 y Pacheco, s/f, respectivamente.

²⁰ Real de Azúa, Carlos, 1964: 364.

artiguista. En esos términos podría explicarse el acercamiento de ciertos intelectuales a la Liga Federal de Acción Ruralista.

El ruralismo o, mejor dicho, la Liga Federal de Acción Ruralista (liderada por Benito Nardone, alias “Chico-Tazo”), representó, para gran parte de quienes finalmente lo apoyaron en las elecciones de 1958, una posibilidad advertida como “real” según ciertos intelectuales del período, para resolver el o los problemas de Uruguay en crisis.²¹ “Real” en tanto que había logrado como fuerza política acceder a interpretar los datos de una “crisis” a partir de una matriz que concitaba la recuperación de ciertas “tradiciones” del quehacer político, enarboladas en una lucha intestina y que se la hacía interpretar siempre igual a sí misma, desde el inicio de Uruguay como Estado-nación. Al mismo tiempo, parecía corresponder a los pedidos de respuesta por parte de pequeños y medianos productores rurales respecto de la depreciación de los términos de intercambio, y la marginalización en la que se encontraban envueltos: tanto por las asociaciones que los debían representar así como también por la “ciudad” (donde estaba el gobierno) que los dejaba solos.

El específico “uso del pasado” que hizo el ruralismo era tan fundamental como el uso específico del presente: la recuperación de la figura de Artigas en tanto que “enfrentada” a la tradición batllista y –al mismo tiempo- la divulgación de estos empalmes vía la radio rural han sido considerados por ciertos analistas de una relevancia fundamental para explicar la capacidad que una organización gremial adquirió para transformarse en un grupo que debía ser tomado en cuenta para definir una elección. Si en las elecciones de 1954 la Liga Federal Ruralista se había mantenido neutral a las disputas partidarias, en las de 1958 este esquema cambiaría su dibujo, puesto que la Liga Federal había logrado concitar una alianza beneficiosa para acceder al gobierno. En una alianza en segunda vuelta (el primer contacto había sido con una vertiente del partido colorado), Nardone se postulaba como vicepresidente en la fórmula Herrera – Nardone. Es decir, el acuerdo lo había hecho

²¹Fundada en 1951 por Domingo Bordaberry y Benito Nardone, quien asumiría su liderazgo poco después ante la muerte del primero, se presentó como la organización que respondería y haría responder sobre los intereses de pequeños y medianos productores contra la priorización de la industria, el poder de los intermediarios, y la “debilidad” de otras asociaciones tales como la Asociación Rural y la Federación Rural- de la que Bordaberry había sido poco antes un “líder descontento”. Como “desprendimiento” de la Federación Rural, la Liga Federal respondía a ciertas matrices del “pensamiento radical de las viejas clases conservadoras”; especialmente, su prédica iba contra comunistas, sindicalistas y burócratas y al conglomerado de grandes bancos y agentes financieros como parte de quienes hacían dilapidar el trabajo de sus “confederados”. Además de esas genealogías, la Liga contaría con la puesta a punto de un sistema propagandístico que tenía un programa en la radio. Desde los años 40 Benito Nardone era el director de la radio CX4 (propiedad de Domingo Bordaberry) y conducía el programa “*Progreso, Verdad y Trabajo*”. Como “Chico-Tazo”, desde un discurso que explotaba la retórica “criollo-nativista”, informaba y advertía sobre la cambiante lógica del mercado agropecuario, las relaciones entre los intermediarios, la distribución y la culpabilidad del neo-batllismo (y por ende, del batllismo) en las dificultades de sus oyentes. En algún sentido, lo que hacía “Chico-Tazo” no era sino hacer resonar ciertas “afirmaciones” que estaban socialmente consensuadas entre los pequeños y medianos propietarios rurales, concitaba apoyos que la Liga transmutó en votos de aquellos a quienes el sistema bipartidista y sus logros habían dejado de ofrecerles satisfacciones, y al mismo tiempo ganó espacio convirtiéndose en una fuerza que, en 1958, llevaría al Partido Blanco al gobierno por primera vez en el siglo XX. Trigo, 1990; Gregory, 1998; Jacob, 2006.

directamente con el líder de la fracción mayoritaria del partido Blanco. Y, además, con este sector del partido Blanco empalmaba perfectamente cierta retórica que “Chico-Tazo” utilizaba desde hacía tiempo, tanto en los discursos como en las prácticas: la recuperación de cierta faz de Artigas para la campaña, con la modalidad de los “Cabildos Abiertos” (que recordaban los que éste último llevara a cabo a principios del siglo XIX); la “matriz rural-conservadora” de idealización del campo (siempre explotado por la ciudad), la crítica al batllismo como un “comunismo soterrado”. Todo ello haría que el socialista Vivian Trías dijera: Creo imposible decir ahora si terminará como fuerza revolucionaria o fascista, pero ambas cosas puede llegar a ser.²²

En una entrevista que le hicieran a Methol en 1993, diría que publicó una revista como forma “de crearle nexos [a Nardone] con la intelectualidad urbana. Tenía el campo, tenía que sumarle lo otro”.²³ Esta revista se llamó *Nexo* (fundada junto con Wahington Reyes Abadie y Roberto Ares Pons en 1955), y en el número 2 su editorial afirmaba que:

“El pacto de los dos grandes partidos tradicionales uruguayos, plasmado en la Constitución del [19]52, cierra definitivamente el cisma originado por el golpe del 31 de marzo de 1933. Pero no genera de inmediato nuevas antinomias con expresión político-social definidas y fuertes, como para que se diera renovado vigor a la acción y al pensamiento público. Por el contrario, aunque algún prestigioso historiador, ajeno a una real percepción del momento, ha creído ver la síntesis más plena de la vida política nacional, remontándose para ello hasta el fin de la Guerra Grande, la mentada constitución es un hijo bastardo, que para colmo nació exangüe. El pacto del 52 nos ha asegurado la paz de la confusión. (...) Fue una constitución generada por el miedo. Miedo social, por el término de nuestra prosperidad, miedo político al surgimiento de un nuevo líder popular... (...) Toda defensa del statu-quo es anacronismo. (...) La constitución del 52 ha clausurado la vigencia de los planteos políticos, los cauces de la normalidad que se crearan en este primer medio siglo. Lo que ahora está en cuestión, como lo ha señalado Vivian Trías, es la estructura económico social misma del país. No se trata de recibir el coletazo de una crisis ajena. Está en pie una “crisis substancial” (p.5)”

Si el ruralismo tenía el “campo” (definido específicamente en la forma de los pequeños y medianos propietarios rurales), y su “líder popular”, esa “intelectualidad urbana” a la que le escribía el grupo de *Nexo* parecía estar constituida por aquellos otros intelectuales adscriptos tanto al partido blanco como al colorado, y que eran opositores a las alianzas bipartidarias y a las continuas fracciones intrapartidarias, y que buscaban otros fomentos para la acción política. Además, la inclusión de Vivian Trías en el discurso y de sus tesis nos parece que intentaba un acercamiento concreto a quienes provenían de la izquierda (tanto del Partido Socialista como del Comunista) y en los que el grupo de *Nexo* apuntaba a incorporar siempre y cuando hubieran dejado su adscripción “internacionalista” por una “latinoamericana”. El problema, creemos, de que gran parte de esa “intelectualidad urbana” no se les uniera, estaba

²² Beade, Gonzalo, s/f.

Según Abril Trigo, el radioteatro que se emitía hacía del caudillo el sostenedor de un orden “nacional”, con lo que lo ligaba al ideario conservador. Todos los episodios del radioteatro estaban fechados antes de 1810. (Trigo, 1990:176).

²³ Carvajal, 2003: 3.

dado específicamente por las propias características del ruralismo: el anclaje eminentemente conservador y-muchas veces “fascistoide”- que se advertía en todas las manifestaciones de Benito Nardone.²⁴ Esto no supondría a primera luz que el propio Methol Ferré fuera o adscribiera al fascismo (por lo menos no explícitamente); sí que muchos que se hicieron ruralistas apoyaban directamente a los regímenes de corte fascista y autoritario y que eran – en general- de un anti-comunismo recalcitrante. Stephen Gregory (1998) y Abril Trigo han señalado que en los estudios de los textos de Methol Ferré no podrían encontrarse afirmaciones –no explícitas ni implícitas- de este tenor. Sí cabría aclarar que el anti-comunismo de Methol Ferré, como su anti-imperialismo hacían del ruralismo una opción válida como forma de integrar el campo y la ciudad bajo una égida definida por la integración de Uruguay en América Latina. Y quizá allí esté el marco “revisionista” que “revisaba” el ruralismo y le daba alcances que éste –finalmente- no podía haber tenido.

En 1955, Methol Ferré publicó en el primer número de la revista *Nexo*, el artículo “Jorge Abelardo Ramos y el marxismo argentino”.²⁵ Cinco años después, ese texto sería reeditado en Buenos Aires y en la editorial de Ramos, “Coyoacán”, a modo de “estudio preliminar” en un volumen de ensayos sobre la “izquierda nacional”.

La revista sólo tuvo 4 entregas: 1955 (dos veces), 1956 y 1958.²⁶ El editorial del primer número aclaraba:

NEXO aspira a promover inquietudes relacionadas con la problemática sociológica, económica, cultural y política de Hispanoamérica y de nuestro país considerado como parte de esa gran unidad histórica en formación. Consideramos esos temas desde un particular enfoque. Aunque *NEXO* no se incluye dentro de un movimiento ideológico positivo, no significa ello que carezca de una orientación. Como el nombre de la revista lo indica, es una síntesis, una coordinación de actitudes diversas pero que confluyen en torno a un núcleo fundamental. ¿Podemos exponer, a la manera de un programa, de una declaración de principios, los postulados que integran ese núcleo básico que nos reúne? Algunos de ellos, como nuestra adhesión al ideal de la Federación Hispanoamericana, pueden explicitarse fácilmente, otros, por el contrario, no son susceptibles de articularse en la concisión y brevedad de un enunciado. (...) *NEXO* cumple, antes que nada, una misión de investigación y de esclarecimiento. Asume la tarea de reunir los ingredientes dispersos y germinales de una actitud ideológica en formación.²⁷

²⁴ (Trigo, 1990: 177) En el semanario *Marcha* se produce un debate sobre la posibilidad de un fascismo uruguayo, en: *Marcha* Nros. 941, p 6 y 942, p. 6 y 10. 12 y 18 de diciembre de 1958, respectivamente.

²⁵ En ese primer número ciertos artículos podrían evaluarse dentro del corte que proponía Real de Azúa: un “revisionismo” que hacía de la modernización la culpable de los males que aquejaban a Uruguay.

²⁶ Y junto con *Tribuna universitaria*, tal como las caracterizara Rubén Cotelo: “sensibilizaron precursoramente – y ésa es la función social de los intelectuales- la crisis que el Uruguay sigue padeciendo, esbozaron panorámicamente sus causas y fueron vehículo de respuestas políticas dentro de la mejor tradición americana”. Dos cosas respecto de lo dicho por Cotelo: la primera de ellas tiene que ver con la “función social de los intelectuales”: el texto del Cotelo es de 1968 y esa función ha sido puesta en primer plano a partir de la noción de “compromiso” extendida a mediados de los años 50 y con arraigo luego de los procesos revolucionarios en América Latina en los sesenta; pero, esa función parecía darse por descontada para –por ejemplo- Methol Ferré. En el momento en que escribía *Nexo* apoyaba activamente al ruralismo, con lo que la función social se equiparaba a la función política de difusor de una organización específica que iba ganando cada vez más espacio en el ámbito político uruguayo. Para otro trabajo quedará la oposición que hace el propio Methol Ferré entre “cultura” y “política”.

²⁷ *Nexo* Nro.1 abril-mayo 1955. El último número de la revista anunciaba un cambio en su Consejo de Dirección: Reyes Abadie y Methol Ferré no estarían más “por razones que nada tienen que ver con la orientación de *NEXO* y que no afectan los vínculos ideológicos y afectivos que unen a estos compañeros con nuestra revista, de la que seguirán siendo colaboradores permanentes”; en cambio, se sumaban Carlos Real de Azúa y Horacio Asinaín Márques. En “Comunicados”, p.47.

La mención a la “Federación Hispanoamericana” no hacía más que retomar los trabajos de Servando Cuadro (1896-1953), quien publicara a fines de los años '40 y en *Marcha* una serie de artículos: “Los trabajos y los días”, que serían luego republicados por *Nexo* en un libro cuyo prólogo escribiría Roberto Ares Pons.²⁸

A la idea de la Federación Hispanoamericana, *Nexo* se postulaba como una contribución al *esclarecimiento* y reunión de *ingredientes dispersos y germinales* de una *actitud ideológica en formación*. En esta “actitud ideológica” podrían incorporarse muchos significados distintos: desde la Federación Hispanoamericana hasta el propio ruralismo. La afirmación de *Nexo* insistía con una lógica en la que había una historia que debía tenerse en cuenta, y ésta no era “nacional” sino, más bien, latinoamericana; y que en eso “latinoamericano”, necesariamente estaba incluido Brasil.²⁹

Lo que antes fue un obstáculo (se nos ha llamado “Estado tapón”) se convierte por el cambio de las condiciones históricas en ubicación inmejorable para desempeñar el rol de una ineludible mediación, agente de unidad. Esa es quizá, nuestra principal tarea en la lucha por la unidad hispanoamericana que gira, en grado decisivo, en torno al entendimiento de Argentina y Brasil...(...) Así, es de nuestros propios problemas que ya no se pueden resolver desde un enfoque exclusivamente uruguayo, que surge la necesidad de una comprensión de Brasil. Nuestra comunidad carece hoy, en rigor, de una política (...) Es que estamos en un recodo de la historia que nos exige una radical conversión de nuestro ser. Queremos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a la germinación de una nueva política que trascienda la degradación, la caducidad de un ciclo que se pierde en el farrago de las minucias cotidianas, sin lucidez y en fatigosa inutilidad³⁰

La concepción de “Estado tapón” proviene del análisis del origen de Uruguay como cuña imperial entre Argentina y Brasil. *Nexo* transformaba el perjuicio en virtud: de lo escindido – la relación de la Banda Oriental con las Provincias Unidas - hacía una vuelta más: Uruguay posibilitaría la unión entre ambos “grandes” países. Y, en primer lugar, devolvía las “conexiones” entre las “naciones” que se habrían “balcanizado”. Con ese ánimo de “poner en conocimiento”, y –como veremos- para hacer “germinar una nueva política”- Methol Ferré publicó en la revista un estudio sobre Abelardo Ramos y el marxismo. En él atendía a la significación que los trabajos de Abelardo Ramos habían tenido en los análisis sobre historia argentina y, más específicamente, en el intento por parte de ese autor para

²⁸ El semanario *Marcha* (1939-1974) fue una tribuna que tuvo su impronta de escuela intelectual, empresa cultural y - fundamentalmente- continuidad en discusiones y debates que podían leerse número a número, semana a semana (su fundación en 1939 advierte para los protagonistas de esa “generación” largos años de “apostolado intelectual”). Carlos Real de Azúa hace una semblanza de Servando Cuadro en la que apunta su carácter de autodidacta, de “outsider”, “montonero intelectual”; de filiación política en el partido blanco, pasa al partido socialista: “a medio camino entre Spengler y Bergson, esta creencia suya en el agotamiento de la civilización moderna nacía de lo que tan evidente le resultaba: esto es, de la desaparición del “elan creador” que hace de toda cultura una asunción de la libertad frente a fuerzas de la naturaleza y de la historia” (Real de Azúa, 1964: 262)

²⁹ Pablo Rocca realizó una investigación sobre cómo en el proyecto latinoamericanista de dos de los críticos literarios más importantes de Uruguay, también partícipes de esa “generación” –Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal- “Brasil” era un objeto y una promesa para un “proyecto latinoamericano” verdaderamente “completo”. El trabajo de ambos críticos por traducir, divulgar y poner en contacto las “Dos Américas” fue fundamental. (Rocca, 2006).

³⁰ *Nexo*, Nro. 2 septiembre-octubre 1955.

comprender el fenómeno peronista; de hecho, era ese fenómeno el que le permitía aglutinar a Ramos dentro de una serie de autores argentinos con los que era importante dialogar, puesto que así se dilucidarían errores de percepción “corrientes” en el Uruguay de la época³¹:

“Y más aún cuando nuestra excesiva proximidad geográfica y cronológica a la serie de transformaciones que se desencadenan en la Argentina a partir del golpe militar del 4 de junio de 1943 dificulta y enturbia la percepción de las líneas generales del proceso iniciado” (p.26)³²

Methol Ferré leía auspiciosamente el trabajo de Ramos como parte de un desentumecimiento de la reflexión: mostraba que era un trabajo “original” por cuanto no se volvía “imitativo” o de “aplicación” del marxismo. Por el contrario, era un estudio que tenía en cuenta una dimensión “hispanoamericana” en la que el marxismo no era sino una herramienta más para la comprensión de la situación de dependencia de América Latina.

Ramos efectúa un verdadero trastocamiento, casi una inversión, de los cánones vigentes desde los tiempos de Mitre y Sarmiento, los constructores del Estado liberal argentino. Su arma de demolición metodológica es el marxismo, que a la vez le proporciona los principios y la dirección histórica de la revolución democrática nacional.” (p.38).

Así, Methol para explicar la producción y significación de Abelardo Ramos volvía a Lenin. De él rescataba lo que le parecía que otros marxistas rioplatenses no habían tomado en cuenta: el uso de la dialéctica hegeliana para explicar la relación entre naciones dependientes e independientes y los diferentes desarrollos capitalistas en cada una. El propósito de Ramos era leído por Methol de esta forma: “Ha sonado la hora de restaurar una tradición trunca; la tradición de un nacionalismo democrático revolucionario” (p.36), y aclaraba que ese “nacionalismo” no podía sino ser explicado en los términos de un “nacionalismo continental, hijo de la nación inconclusa, irrealizada, de América Latina” y allí citaba el trabajo de Ramos *Latinoamérica: un país* (1949). Porque si había algo que unía a estos dos ensayistas era justamente la consideración de una América Latina que había sido balcanizada y que debía encontrar su unidad. Esta utilización del “todo” latinoamericano reivindicaba los discursos antiimperialistas que hicieron furor entre fines de siglo XIX hasta entrada la primera guerra mundial³³: América Latina

³¹ Methol no era el único uruguayo que replanteaba los sucesos peronistas, de hecho, Carlos Quijano, editor del semanario *Marcha* hacía por esas épocas serias consideraciones relativas al ascenso de la dictadura en 1955, criticaba ampliamente la “bolsa de gatos” que se había hecho del peronismo y del anti-peronismo. Quijano denunciaba los fusilamientos al tiempo que criticaba lo que Perón había sembrado y que ahora los peronistas cosechaban. Aun así, Quijano consideraba al peronismo sólo una dictadura y –de acuerdo a la tradición democrático-liberal uruguayo a la que adscribía– suponía que en algún sentido era intransitable como objeto de análisis por fuera de esa dimensión dictatorial.

³² Porque si había “líneas generales” de ese proceso, había una en particular a la que Methol Ferré haría referencia mucho después: la lectura de un discurso que diera el General J.D Perón en 1953 en la Escuela Nacional de Guerra de Argentina, en la que el disertante estimaba como imprescindible “la necesidad de unión de Chile, Brasil y Argentina” (Methol Ferré, s/f. Sobre una conferencia pronunciada por Methol Ferré en el Archivo General de la Nación –Argentina– el 22 de agosto de 1996: p.67).

³³ Tal como lo afirma Oscar Terán sobre esa “serie de discursos antiimperialistas que comienza a cubrir la superficie política y cultural del subcontinente latinoamericano durante el período que abarca la guerra hispano-norteamericana y la primera guerra mundial (1898-1914)”. Discursos que se caracterizan (más allá de estar encarados desde matrices positivistas o espiritualistas) en acordar sobre la existencia de “una” América Latina, convirtiendo a ésta en una “idea-fuerza” que responde a “un doble movimiento de protesta-contraprotesta reactiva, [y a partir del cual] se irá constituyendo

constituía una unidad a partir de algún tipo de esencia postulada en la voluntad primigenia de los luchadores por la Independencia, y al mismo tiempo, en el caso particular de Methol y de Ramos, de una interpretación de las significaciones del confederacionismo artiguista (leído en los términos del federalismo rosista).³⁴ En cambio, para Methol, la condición “argentina” de Abelardo Ramos no le permitía ver las posibilidades de esa unión latinoamericana que estaba en ciernes, y que esto le impedía ver lo que de positivo tenían las burguesías nacionales, especialmente las industriales. La mirada “negativa” de Ramos sobre las burguesías industriales la analizaba en pos de los fracasos de argentinos para llevar a cabo acuerdos regionales.³⁵

Cuando el historiador Oscar Bruschera reseñara la revista *Nexo* en el semanario *Marcha*, al detenerse en el artículo de Methol Ferré puntualizaría lo extraño que resultaba la opinión de una “anti-marxista” al reconocerle a Abelardo Ramos su análisis del peronismo y que,

rescata el planteo del escritor argentino -que no emboza su linaje intelectual-, en su intento de desentrañar no sólo el fenómeno peronista, en tanto descomposición y liquidación (¿no será exagerar su proyecciones?) del estado liberal burgués argentino, sino también, más ambiciosamente, como doctrina de futuro y de esperanza. Esta se sintetiza con la fórmula (con sabor de slogan, con esquematismo apto para su difusión popular) del nacionalismo democrático revolucionario, que es un nacionalismo continental, cuya coyuntura histórica será la unificación política de América Latina, afán trunco en la obra de Bolívar, y que por lo mismo comprende la restauración de un nuevo ideal, o de una vieja tradición si se prefiere, actualizada por un hecho social nuevo: el surgimiento de una clase (la burguesía industrial).³⁶

Methol, como “anti-marxista”, le reonocía a un “trotskysta” su aval del peronismo. Ese movimiento estaba puntualmente imbricado en los conflictivos devaneos que la denominada “izquierda nacional” tuvo no sólo entre “nación” y “revolución” sino, específicamente en el

en nuestra cultura la idea de que América Latina configura una unidad, integrada alrededor de esencias – según se pretenda prehispanicas, coloniales o postindependentistas, y a la cual sólo un proceso de exterior balcanización habría venido a disociar”, en: Terán, 1985: 6.

³⁴En este punto, el propio Real de Azúa pondría paños fríos a esa mirada de una América Latina balcanizada, y haría referencia tanto al texto de Ramos así como también sobre un texto posterior de Methol Ferré, publicado en la revista *Víspera* (sobre la conferencia de la OLAS en 1964). Diferenciando entre “país” y “nación”, Real de Azúa explicitaba que la primera era más acertada para hacer referencia a una unidad latinoamericana, porque un “país” hacía referencia a un “conglomerado (...) en estado de espontaneidad, soldadura, relativa maleabilidad política”, mientras que “Una “nación” implica por el contrario, una voluntad proyectiva forzosamente tensa, una red de interacciones formalizadas e institucionalizadas (...) Es posible inferir que se plantean mal, por exceso, los datos del problema, cuando se parte de una hipotética “voluntad nacional” de América Latina previa a su balcanización endógena o exógena. También es de suponer que Methol Ferré cae en este exceso”. Real de Azúa, 1990: nota nro, 26, p.257.

³⁵ De lado argentino, el “hecho peronista” había obligado a un reacomodamiento, tanto intelectual como político, del que Abelardo Ramos era partícipe. El peronismo y su estrepitosa caída hicieron que las fracciones de las elites políticas disputaran la dirección del país, y que para las élites culturales la disputa estuviera determinada por la dirección de cómo ese mismo hecho debería ser analizado y encuadrado. En Uruguay este hecho no produjo –en general- sino afirmaciones por las que el peronismo era visto como otra dictadura que mostraba el caos argentino (sobre el que Uruguay se recortaba en tanto que paz, orden y progreso). De hecho, Montevideo se convertiría, de nuevo, en la metrópoli receptora de exilados por el régimen. Por el contrario, Methol Ferré sería de los pocos intelectuales uruguayos que prontamente analizaría el peronismo en los mismos términos en que la propia dinámica peronista terminó por arrogarse interpretaciones revisionistas argentinas para legitimar su lugar como “partido de la Nación”. Y ese análisis tendría como uno de los ejes la crisis del Imperialismo Británico. (Altamirano, 2001)

³⁶ Bruschera, 1955: 23.

caso de Methol, entre “campo” y “ciudad”, y en particular sobre su mirada relativa a la unidad de América Latina.³⁷

Se podría pensar de qué forma el trabajo de Methol Ferré sobre el texto de Abelardo Ramos hacía varias cosas al mismo tiempo. En primer lugar, intentaba explicar a esa “intelectualidad urbana” las formas posibles de acceder al análisis del marxismo, y desde el marxismo sin lo que consideraba como “efectos imitativos”, entender el peronismo y su significación en el “Río de la Plata”; en segundo lugar, componía un vínculo entre “revisionismos” a partir de la perspectiva de una América Latina unida (ese sería el fundamento de una “verdadera” interpretación de la historia de estos países); en tercer lugar, incluía en su análisis de los supuestos marxianos en una adaptación latinoamericana un nuevo sujeto que propiciaría la independencia, la burguesía industrial nacional; y en cuarto lugar, y casi por “ tiro de elevación”, hacía repercutir su crítica de los análisis incompletos sobre el peronismo, una crítica a lo que valoraba como una “incompleta” crítica y análisis sobre el ruralismo.

4. Uruguay como *nexo*: Methol Ferré, el ruralismo y la integración

En 1958 aparecía un artículo en el periódico *Tribuna universitaria* (nro 6-7). “¿A dónde va el Uruguay?” sería reeditado luego como folleto y pasaría a llamarse “¿A dónde vamos?”, y finalmente, como libro se publicaría en Buenos Aires, por la editorial Peña y Lillo, en la colección La Siringa, como *La crisis de Uruguay y el imperialismo británico*.³⁸

En 1934 se publicó en Argentina un ensayo de los hermanos Irazusta que intentaba bosquejar la traición que había supuesto el tratado Roca-Runciman para los intereses de la “verdadera” Argentina. Dicho texto se titulaba *La Argentina y el imperialismo Británico*. Más allá del nombre en parte “compartido” entre el texto de Methol y el de los Irazusta (al que Methol no hace referencia en su propio libro), lo que sí comparten ambas perspectivas

³⁷ Georgieff, 2006.

³⁸ La editorial Peña y Lillo fue fundada por Arturo Peña y Lillo, y fue identificada desde su misma fundación con el revisionismo histórico y, de acuerdo con su fundador, con la necesidad de comprender a la historia argentina (y de América Latina) a “contrapelo” de cómo se la había explicado hasta la fecha. Vitale, 2005.

El primer número se presentó con la sigla FEUU (octubre 1955), pero ya a partir del segundo número tenía el nombre de *Tribuna Universitaria* (julio 1956) hasta el número 11 (octubre de 1963). Para Carlos Rama, *Tribuna Universitaria* era un centro difusor del revisionismo en Uruguay, específicamente en su forma de “neo-nacionalismo”, y que “significativamente apareció prestigiada por la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay” (Rama, 1980: 121). La sorpresa por el apoyo de la Federación nos sorprende tanto como a Rama: la revista censuraba autores marxistas, anarquistas y comunistas. Podría pensarse hasta qué punto el apoyo de la Federación fue posible en tanto que en el ámbito universitario – específicamente en esos años- se analizaba como “necesaria” una revisión histórica que tomara en consideración a Uruguay en América Latina pero en los términos de un “nacionalismo latinoamericano” opuesto –y combatiendo contra- el “internacionalismo”. Nos falta todavía comprender cómo y porqué el Consejo Editor de la revista censuraba ciertos autores y no otros y hasta qué punto se “justificarían” (y por ello la FEUU lo habría aceptado) por que se evitaba – y esto era evaluado en tanto que “positivo”- cualquier línea partidaria “internacionalista”, en función de un supuesto “pensamiento de izquierda nacional”; y allí, el “de izquierda” quedaba entre comillas puesto que lo que aparecía como definitorio de un *deber ser* era un “pensamiento nacional”.

es, en primer lugar, la vinculación estrecha entre el derrotero económico de Argentina y Uruguay respecto de la dependencia a dicho imperio, y la colaboración de las “oligarquías terratenientes” y de los “burgueses” para con ella; en segundo lugar, la posición respecto de que el Imperio Británico funcionó como garante de la separación de las Provincias Unidas y, por lo tanto, de una escisión que provocaría “graves consecuencias para la causa Americana”.³⁹ Esa es la perspectiva “conjunta” que los haría relacionarse y por la que podría pensarse hasta qué punto Rama tendría razón en la hipótesis de la “Gran Argentina” para explicar el revisionismo uruguayo. Por el contrario, creemos aquí que el trabajo de Methol se afianza en otra tradición que- sin desconocer la de los Irazusta- va por otros carriles, específicamente los de la política uruguaya, puesto que lo que tiene que defender, además, es un proyecto político concreto que se sustanciaría en las urnas. Menos que una “copia” a los Irazusta, *La crisis...* hacía de sí una reevaluación de tesis ya “probadas” y de otras que debían ser replanteadas sobre el análisis de la “crisis”.

En la introducción del ensayo (tanto en su versión de “artículo”, como “folleto” o “libro”), quedaba claro el objeto: de *estudio* y como *programa político*, es decir “precisar qué es el nuevo ruralismo”. Y, atento a que este tomó fuerza con “el ahondamiento de la crisis”, Methol postulaba la importancia de entenderlo como partícipe y como consecuencia de una totalidad: la formación económico social uruguaya

e inscribir –someramente- esa totalidad en el proceso histórico mundial, pues es desde nuestra relación con la historia de “otros” que se pueden comprender las notas que definen a nuestra sociedad entera (p.9)

En el libro, Methol agregó un prólogo en el que explicaba las condiciones en que su ensayo había visto la luz:

Este ensayo fue escrito en vísperas de las elecciones uruguayas de 1958. Su centro de perspectivas es el “movimiento ruralista” de reciente aparición, y que es el ángulo desde donde mejor se perciben los caracteres de la crisis y la nueva situación histórica en la que entra el Uruguay. Nada tengo que rectificar, y sólo lo he actualizado y agregado algunas correcciones o notas para hacerlo accesible a los no uruguayos. Todo lo dicho está cada vez más en pie.

Quedaba en pie para Methol la posibilidad de un cambio en Uruguay si se tomaban en cuenta el diagnóstico que realizara no solamente sobre el ruralismo sino sobre éste y la dinámica propia de la “crisis”, entendida como “estructural”. En efecto, para Methol, la caída del Imperio Británico y de sus áreas de influencia hacía que Uruguay cayera al mismo tiempo en la cuenta de su realidad, que entrara necesariamente en la historia y que dejara de “ser espectador”.

Al detenerse en la injerencia del Imperio Británico, criticaba la tesis de Vivian Trias según la cual el Imperio Británico habría deformado las estructuras económicas del Uruguay. En esta

³⁹ Irazusta, Julio y Rodolfo, 1934: 158.

diferenciación, aclaraba quién era Trías y qué representaba. Era el surgimiento “de la izquierda nacional dentro del viejo socialismo de Frugoni, la cara uruguaya de Juan B. Justo”.⁴⁰ Esta mención de una “cara a la uruguaya” de otra “argentina”, nos hace pensar de qué forma Methol analizaba el derrotero de la historia uruguaya con analogías hacia la historia argentina para hacer comprensible a un lector “no uruguayo” (específicamente a un “lector argentino”, y en particular, “revisionista”) el desarrollo histórico-político de Uruguay.⁴¹ Así, el ensayo se organizó en capítulos que, desde un punto de vista que se quería histórico al mismo tiempo que prospectivo, explicaban cuáles eran –y podrían ser- las proyecciones del ruralismo como fuerza política en el país. La explicación de Methol sobre el “método de exposición” propulsaba un ir y venir desde “los caracteres generales de la situación uruguaya” al ruralismo y de allí, se “repetiría” más “hondamente” el planteo inicial. El ruralismo quedaba en esta forma expositiva como punto al que todas las encrucijadas concurrían para solucionarse. En algún sentido, se le daba al ruralismo el carácter de “eje de época”: si para Methol el batllismo habría solucionado los problemas que le concernían a *su* época, y si *ahora* esas soluciones eran problemas, se volvía necesario nuevas perspectivas y tomas de acción. Entre ruralismo y batllismo, extrañamente, se abría un vínculo, del que –claramente en el discurso de Methol- el ruralismo salía mejor parado.

Luego de la exasperación sobre la impronta del Imperio Británico y de su retirada, pasaba a la descripción de la “Campaña uruguaya”; aquí Methol advertía la importancia que había tenido el ruralismo en darle a los pequeños productores de la campaña su visibilidad, su auto-conocimiento y que, finalmente, les había dado una identidad política concreta. Diferenció de esta forma las antiguas Asociación Rural (1870) y Federación Rural (1915) de la Liga Federal (1952), esta última al frente de Bordaberry y de Nardone, y postuló a partir de allí uno de los ejes que acompañarían todo su análisis: la dicotomía entre campo y ciudad. Es en el campo (la campaña) donde debía advertirse la masa políticamente disponible para transformar el país, puesto que durante el batllismo y el neo-batllismo esa masa no era más que espectadora de los cambios que se daban a pesar de ella misma, cambios “en la ciudad” que terminaban por afectar a la campaña. De nuevo, la concepción del “espectar” (tanto esperar como observar sin tomar acciones en ello) era una de las características de inmovilidad propias tanto de la campaña como de Uruguay. Si había algo que Methol tomaba en consideración para evaluar positivamente al ruralismo era la movilidad que le

⁴⁰ Methol Ferré, 1960: nota 4, p. 15.

⁴¹ En otros momentos del texto, pueden leerse otras comparaciones – aclaraciones del mismo tenor como “El otro rostro de Batlle fue Manini Ríos (el batllismo no se entiende si su conmixti3n con el “riverismo”), como Yrigoyen sería ininteligible sin Alvear” (p.16) o en la nota 7 de la página 17, “Amézaga (1942-1946) es el presidente que inicia la restauraci3n; una especie análoga al presidente Ortiz argentino”.

había dado a la campaña, y la comunicación que había armado entre las clases medias rurales. Porque para Methol, el ruralismo venía a destruir y superar “los desacompasados ritmos históricos de campesino y ciudadano. (No por supuesto del “terrateniente ciudadano”, figura singular de nuestra historia)” (p.25). En esta “superación”, la radio tendría una impronta fundamental en la formación de opinión y en la propaganda política. De esta forma, Benito Nardone era “conductor”⁴²: “Hoy, su audición “Progreso, Verdad y Trabajo” es el centro imponderable de la unificación cotidiana del ruralismo” (p.26). Entonces, “unificación” (de nuevo, *nexo*) para dotar de un aglutinante superador del bipartidismo, aunado en el peso que adquiriría la campaña, situándola en la tradición de oposiciones al estilo “civilización-barbarie”. “La acción campesina es silenciosa, cavilosa. Sus reacciones son lentas, de difícil coordinación. (...) El campo ha sufrido en la historia moderna de un perpetuo anacronismo; va siempre un paso atrás de los hechos” (p.29), en este “anacronismo”, Methol afirmó el atraso en la incorporación al mundo capitalista; era este análisis de atraso, y –al mismo tiempo- “expectante”, donde avisaba de cómo el mundo rural vivía “confundido” por una lógica de mercado que le era sino impropia por lo menos extraña. Así, el ruralismo habría ayudado a vencer varias cosas: la confusión, y también, la distancia. “Para formar el nuevo ruralismo, las clases medias han debido vencer al enemigo primordial: la distancia, el espacio” (p.24). Entre confusión y distancia, se recortaba la dependencia de los pequeños y medios propietarios rurales a los intereses de los centros manufactureros (aquí ubicaba tanto a los terratenientes como a Montevideo, aunando los prejuicios sobre ambos).

Methol hizo de los pares tiempo y espacio, extensión y atraso, dicotomías a las que la radio y el ruralismo pondrían fin.⁴³ La radio aparecía entonces como un “medio” que posibilitaba dotar a esos pares conflictivos de un supuesto nuevo, sintético, “superador”: “Y es por medio de la técnica radiodifusora que los mundos rurales ingresan definitivamente en la historia contemporánea. El cisma de la ciudad y el campo comienza a esfumarse” (p.26). Lejos de esfumarse, era en la delimitación de las características de cada uno por las que Methol condicionaba la necesidad de que el ruralismo fuera aceptado por la “intelectualidad urbana”, porque en el análisis de este ensayista,

El hombre rural, apegado a ritmos naturales, es más elemental, le es difícil conceptuar, no tiene impulso de constructividad intelectual. La inteligencia es eminentemente ciudadana, es burguesa. Tenemos entonces un gran movimiento casi instintivo, que no podrá nunca plasmar por sí mismo nuevas instituciones. El movimiento futuro del país será en un doble sentido: la “urbanización” de las masas rurales” y la “ruralización” de la inteligencia urbana. Y, porque, además, “La lucha por la claridad del mercado fue un modo lateral de “anti-imperialismo” (p.28).

⁴² Sería difícil aquí no pensar en el peso de ciertos sustantivos que se adjetivizan: “conductor” también era un adjetivo para Perón.

⁴³ Ezequiel Martínez Estrada había llevado al climax estos problemas en su *Radiografía de la Pampa*, en una lectura pesimista de la civilización opuesta a la que proponía Sarmiento en su *Facundo*. Lo interesante es que estos prejuicios sobre la campaña, para Methol se volvían promesas si “se sabía” cómo tratarlos.

Este “modo lateral” se oponía directamente a lo que Methol denominará como “idealismo universitario”, que tenía por tradición la vertiente arielista de principio de siglo XX. Llamó así “latinoamericanismo abstracto” al arielismo, y en un *tour de force* aunó materia con tierra, forma con idea, devolviéndoles su unión vía la integración que propiciaría por default el movimiento ruralista, necesitado de una inteligencia pero “ruralizada”. *La crisis...*, entonces, quería verse como el ánimo ruralizador de las “intelligentsias”. (Es fundamental anotar cómo a pesar de los intentos de Methol Ferré por hacer visible la campaña ésta quedaba “idealizada” en el discurso paternalista al que este autor se suscribía como descriptor de los “caracteres”.)

En el capítulo “Dinámica política” se detuvo a explicitar en qué sentido la “Liga Federal” era síntesis necesaria (una vuelta a Artigas, entonces) de los dos partidos tradicionales, y cómo Herrera, líder de uno de ellos, era el que había tenido “más arraigo” en la campaña (y por lo tanto, legitimaba la fórmula que se presentaría para las elecciones: Herrera-Nardone):

Hombre que viene de lo más hondo del siglo XIX rioplatense, de la generación del 900, es el iniciador del “revisionismo histórico” en el Uruguay. La figura de Herrera, el “último patricio” y el “último caudillo”, es esencial para comprender al Uruguay. Fue el único político uruguayo que vivió “al Uruguay mismo como problema”; los otros, Batlle, Furgón, Ramírez, etc., vivieron “con los problemas del Uruguay”. Su alianza con Nardone se rompe en enero de 1959. Creía que Nardone era “un hombre chico” que ya había cumplido su función. Se equivocó. Recién en 1960 tendría razón. Lo que ocurrió fue que Herrera, con 85 años, estaba muy apurado, quiso resolver el futuro “contra reloj”. Herrera murió el 8 de abril de 1959. (p. 52, nota al pie nro. 23)⁴⁴

Y, en el capítulo dedicado a la “crisis” y a su “estructura”, Methol se ocupó de destilar la *esencia* del problema: la vinculación de la crisis con un desarrollo industrial asentado en bases que, paradójicamente, propiciaron el cisma de su *hoy*. En una explicación pormenorizada de cómo la industria necesitaba para desarrollarse la acumulación de capital, explicitaba que esto se lograba –según Methol- con un “ahorro de consumo”, y al mismo tiempo, “esa acumulación de capital posibilita la reproducción multiplicada de bienes para consumo” (p.55). Entre el ahorro y el consumo, que demandaba un mercado para recibir esa producción, quedaba un “¡Compás de estrangulamiento y expansión!”. Si esto último explicaba las crisis capitalistas, esto último también explicaba para Methol el desarrollo imperialista y –al mismo tiempo- la situación de Uruguay como “dependiente”. Porque si Uruguay había desarrollado una industria liviana, esta implicaba una doble dependencia: de las industrias pesadas de los centros manufactureros y de las exportaciones agropecuarias para cubrir

⁴⁴Esta noción de hacer de Uruguay un “problema”, y de ciertos intelectuales los sujetos que vendrían a explicitarlo- requirió en el ensayo de Methol Ferré la exasperación de ciertos núcleos que, por lo menos durante la década del 50, ya eran vox-populi –como dijimos- entre muchos de los intelectuales de la generación crítica. En 1967 publicaría un libro titulado *El Uruguay como problema*.

necesidades externas. Y si a esto se le sumaba el “espontaneísmo” por el que cual se había desarrollado la producción agroexportadora, se cerraba el arco de la estructura crítica.⁴⁵

En este arco, el batllismo era comprendido como solución engañosa que una específica época de Uruguay necesitó sostener y que ahora nuevas épocas hacían de las soluciones antiguas, problemas acuciantes. Para Methol el batllismo había sido el que diseñara en Uruguay una política para “consumidores”, y en donde la “justicia social” era –antes que nada- “justicia ciudadana”. Lo explicitaría claramente en el último capítulo del ensayo, en el que se afirmaba que el “show” no podía continuar. De hecho, el último capítulo terminó llamándose: “La vida como espectáculo”. Lo interesante es que, cuando el ruralismo –y en su alianza con el partido blanco- ganara las elecciones de 1958, Methol haría de Montevideo la espectadora, y de la campaña, el *show*:

Es la primera vez en la historia del país que Montevideo no entiende nada (...) El Montevideo hacedor del Uruguay, el Montevideo conductor del Uruguay, siente que no ha conducido los acontecimientos, que no los ha hecho⁴⁶

5. Conclusiones

Esta prédica sobre el ruralismo y la “aclaración” de las significaciones tenía ya otras avanzadas, pero *La crisis*...fue su programa y panfleto. Para Methol, por lo menos hasta principios de 1960, el ruralismo y su “conductor” eran una respuesta posible a varias incógnitas: la *viabilidad* de Uruguay, la integración de América Latina-y específicamente entre Argentina y Uruguay-, la vinculación entre campo y ciudad, entre “doctores” y “caudillos”, la “superación” de “blancos-colorados”. Incluso el ruralismo, y el pasmo que había producido en la “intelectualidad urbana”, pedía para Methol Ferré comparaciones con el peronismo:

Pensamos el día 27 de noviembre, cuando la manifestación herrero-chicotazista en Montevideo, cuando la veníamos en ruta desde la ciudad de Canelones, que se estaba produciendo un 17 de octubre, como en la Argentina hace más de una década (...) Claro que a nuestro modo, al modo uruguayo, donde no hay industria, donde no hay proletariado⁴⁷

La versión de *La crisis* de 1960 tenía notas aclaratorias en las que quien apoyara el ruralismo y a Nardone ya se encontraba fuera de ese movimiento (y había despedido esa causa en un artículo titulado “Adiós Sr. Nardone”). La única razón que parecía justificar su antiguo apoyo parecía ser una que –al mismo tiempo- parecía hacerle comprender su error: la unión de América Latina.

⁴⁵ Hasta qué punto Methol Ferré criticaba o adscribía a las tesis de la CEPAL es asunto para otro trabajo.

⁴⁶ “La parroquia entra en la historia”, *Marcha* Nro: 940, 5 de diciembre de 1958, p: 6.

⁴⁷ Op. cit, p.6

Bibliografía

- Altamirano, Carlos. “¿Qué hacer con las masas?”, en Sarlo, B. *La batalla de las ideas* (1943-1973). Bs.As: Ariel.
- Cattaruzza, Alejandro. “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en: Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanián. *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires: Alianza Editorial. 2003.
- Bruscherá, Oscar. *Una nueva publicación: Nexo*, en: *Marcha* Nro. 766, 3 de junio de 1955, p. 23.
- Carvajal, Miguel “Pronóstico de un gurú”, en: Diario El País, Suplemento “Domingos”, Montevideo, 26 de enero de 2003, pp: 1-2.
- Caetano, Gerardo. “Notas para una revisión histórica sobre la cuestión nacional en el Uruguay”, en Achugar, Hugo (editor). 1991. *Cultura (s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*. Montevideo: FESUR-Trilce, 1991.
- _____ y Pablo RILLA. *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al MERCOSUR*. Montevideo: CLAEH. 1994.
- _____ y A. Garcé. *Ideas, política y nación en el Uruguay del siglo XX*, en: Terán, O. (comp.) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2004.
- Cotelo, Rubén. *Los contemporáneos*. Montevideo: CEAL. 1968.
- Finch, Henry. “La crisis uruguaya: tres perspectivas y una postdata”, en: Revista *Nueva Sociedad*, Nro. 10, enero-febrero, 1974. pp. 38-57.
- Gregory, Stephen. *The collapse of dialogue. Intellectuals and politics un the uruguayan crisis 1960-1973*. (Tesis de doctorado. University of New South Wales, Australia). 1998.
- Georgieff, Guillermina. “Interpretaciones beligerantes de lo argentino: historia, política e identidad nacional en las izquierdas argentinas de los años sesenta.”. Ponencia presentada en las IV Jornadas Nacionales “Espacio, Memoria e Identidad”. Organizado por la Facultad de Humanidades y Artes. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario. Centro de Estudios “Espacio, Memoria e Identidad” y CONICET. Rosario, 4, 5 y 6 de octubre de 2006.
- Halperín Donghi, Tulio. “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en *Punto de Vista*, Nro. 25.
- Irszusta, Rodolfo y Julio. *La Argentina y el imperialismo británico*. Buenos Aires: Tor. 1934.
- Jacob, Raúl. *Brevísima historia del Partido Ruralista*. Montevideo: arpoador. 2006.
- Methol Ferré, Alberto. “El marxismo y Jorga Abelardo Ramos”, en: Revista *Nexo*, Nro. 1 Año 1, Montevideo. Abril-Mayo 1955, pp. 24-42.
- _____. *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*. Buenos Aires: Editorial Peña y Lillo. Colección La Siringa. 1960.
- _____. *La izquierda nacional en la Argentina*. Buenos Aires: Coyoacán. s/f.
- Methol Ferré, Alberto. *Perón y la alianza argentino-brasileña*. Córdoba: Ediciones Del Corredor Austral. s/f
- Mirza, Roger. "Emir sobre Rama y otros", en: *El País Cultural*. Año 5, nº 207, 22/10/1993. p. 19. y en: http://www.archivodeprensa.edu.uy/r_monegal/entrevistas/entrev_12.htm
- Nahum, B. et alii. *Crisis política y recuperación económica. 1930-1958*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental. 1998.
- _____. *El fin del Uruguay liberal*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental.
- Nexo. “Nuestro propósito”, en: Revista *Nexo*, Nro. 1 Año I, Montevideo. Abril-Mayo de 1955, pp. 3-4. 1998.

- Nexo. "En el cruce de caminos", en: Revista *Nexo*, Nro. 3 Año II, Montevideo. Julio de 1956, pp. 3-5.
- Pacheco, Ernesto B. "Prólogo", en: *La Izquierda Nacional en la Argentina*. Buenos Aires: Coyoacán, s/f.
- Rama, Ángel. *La generación crítica*. Montevideo: Alfa. 1972.
- Rama, Carlos. *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid: Tecnos. 1981.
- Rama, Germán. *La democracia en Uruguay*. Buenos Aires: GEL. 1987.
- Real de Azúa, Carlos. (ed). *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. 2 volúmenes. Montevideo: Publicación de la Universidad de la República. 1964.
- _____. *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca. 1991.
- Realí, María Laura. "La conformación de un movimiento historiográfico revisionista en torno a la Guerra del Paraguay. Polémicas, intercambios y estrategias de difusión a través de la correspondencia de Luis Alberto de Herrera", en: Revista *Protohistoria* Nro. 8, Rosario, 2004.
- Rocca, Pablo. *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental. 2006.
- Rodríguez Monegal, Emir. *Literatura de medio siglo*. Montevideo: Alfa. 1965.
- Terán, Oscar. *José Ingenieros: Pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza. 1985.
- Trigo, Abril. *Caudillo, Estado, Nación. Literatura, Historia e Ideología en el Uruguay*. Pittsburgh: Hispamérica. 1990.
- Vitale, Cristian. "Entrevista al legendario editor Arturo Peña y Lillo", en *Página 12*, viernes 9 de diciembre de 2005.
- Zubillaga, Carlos. *Historia e Historiadores en el Uruguay del Siglo XX*. Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 2002.